

ella; y será que no muestran exteriormente todo lo que tienen en el corazón. No sabían á qué parte era el infierno, mas de que habían de penar para siempre. Verdad es que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos para lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los dañados, y ellos dicen Mictlan, bien podemos inferir que á la parte del norte (por ser lugar umbroso y oscuro que no lo baña el sol como al oriente y poniente y mediodía) ponían ellos el infierno, porque Mictlan propiamente quiere decir «lugar de muertos,» y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los que para siempre mueren; y á la región ó á la parte del norte llaman los indios Mictlampa, que quiere decir «hacia la banda ó parte de los muertos;» de donde bien se infiere que hacia aquella parte ponían ellos el infierno. Lo que parece admirar cerca de sus dioses, es cómo los pintaban ó esculpían tan fieros y espantosos; porque si eran hombres, ó parecieron al principio como hombres (según arriba se dijo), no les habían de dar otras feas y tan fieras figuras, sino de hombres. A esto se puede responder, que como á veces aparecían á algunos en aquellas diversas formas que querían fingir, ora fuese en visión ó en sueños (los cuales ellos mucho creían), parecióles figurarlos como los veían ó soñaban; y la razón porque los demonios les debían de aparecer en aquellas terribles y espantosas figuras, sería porque todo lo que hacían los indios (aunque fuese el servicio de sus dioses) lo hacían por temor. Á esta causa ellos les aparecían, y los ministros los hacían pintar tan horribles, porque les tuviesen más temor, como gente que por sus pecados así lo merecían, permitiéndolo Dios por secreto juicio suyo.

Dioses de los indios, espantables y feos.

CAPÍTULO XII.

De lo que tenían por demonio, y de cómo les aparecía algunas veces.

Lo que los indios en su infidelidad tenían por demonio, no era ninguno de estos (aunque tan fieros y mal agestados, que realmente lo eran), sino á una fantasma ó cosa espantosa que á tiempos espantaba á algunos, que á razón sería el mismo demonio; y á esta fantasma llamaban ellos Tlacatecoltl, que quiere decir «persona de buho ó hombre que tiene gesto á parecer de buho,» la cual dición componen de *tlacatl* que es «persona,» y *tecolotl* que quiere decir «buhó,» porque como el buho les parecía de mala catadura, y aun de oír su triste canto se atemorizaban de noche, y hoy día muchos de ellos se atemorizan

Demonio, á cuál llamaban los indios.

y lo tienen por mal agüero, á esta causa aplicaban su nombre á aquella temerosa fantasma que á veces aparecía á algunos y los espantaba; y no ha dejado de aparecer y espantar á algunos indios después de cristianos en aquella forma y en otras muchas, como otros religiosos y yo lo hemos sabido de ellos mismos, viniendo espantados á consolarse con nosotros acabado de ver diversas visiones, que como el demonio los conoce por tímidos y pusilánimes, procura de inquietarlos por esta vía por hacerles vacilar en las cosas de la fe cristiana. Un cacique de Amequemeca, en tiempos pasados, dijo á cierto religioso, que á su padre le aparecía el demonio en figura de mona á las espaldas sobre el un hombro, y volviendo á mirarle se le volvía al otro, y así andaba jugando y pasando de una parte á otra. Otras veces, dicen, que aparecía á alguno realmente en figura de fantasma ó persona muy alta, y que el que tenía ánimo así de él y no le dejaba hasta que le prometiese ó hiciese mercedes, de manera que con su ayuda pudiese prender algunos en guerra por donde fuese estimado y valiese y tuviese de comer, porque este era el medio por donde los indios eran más tenidos y subían á mayores estados. Morando el santo varón Fr. Andrés de Olmos en el convento de Cuernavaca, se averiguó haber el demonio aparecido á un indio en figura de señor ó cacique, vestido y compuesto con joyas de oro, y esto fué por la mañana, y le llamó en un campo y le dijo: «Ven acá, fulano, vé y dí á tal principal que cómo me ha olvidado y dejado tanto tiempo; que diga á su gente me vayan á hacer fiesta al pié del monte, porque no puedo entrar ahí donde vosotros estais, que está ahí esa cruz,» y dicho esto desapareció. El indio hizo el mensaje que el demonio le mandó, y el principal que se decía D. Juan, con gente que llamó fueron á hacer la dicha fiesta y allá se sacrificaron y hicieron su ofrenda. Y cierto discípulo criado entre los frailes los descubrió, y fueron presos y castigados, aunque con misericordia por ser nuevos en la fe, y el dicho padre Fr. Andrés preguntó al mismo indio á quien el demonio había aparecido, lo que con él pasó, y halló que por ser falto de fe y hacer oración á sus dioses ó ídolos antiguos, le había tomado por ministro y mensajero para engañar á otros, y escribió el dicho padre la oración ó palabras con que había orado; y en suma era que pedía á su dios ser llevado de esta vida, pues ya eran esclavos, y les era tomada su tierra, y no estaban en su libertad. Mas no por que él de corazón quisiese morir (según dijo), sino porque no podía con libertad ni á su placer vivir. Y esta imprecación muy usada ha sido de los indios afligidos.

CAPÍTULO XIII.

De cómo hubo gigantes en esta tierra, y de lo que sentían del ánimo.

HALLÓSE en la memoria de los indios viejos cuando fueron conquistados de los españoles, que en esta Nueva España en tiempos pasados hubo gigantes, como es cosa cierta. Porque en diversos tiempos despues que esta tierra se ganó, se han hallado huesos de hombres muy grandes. El padre Fr. Andrés de Olmos, tractando de esto, dice que él vió en México en tiempo del virey D. Antonio de Mendoza, en su propio palacio, ciertos huesos del pié de un gigante que tenían casi un palmo de alto: entiéndese de los osezuelos de los dedos del pié. Y yo me acuerdo que al virey D. Luis de Velasco, el viejo, le llevaron otros huesos y muelas de terribles gigantes. Y medio gigantes en nuestro tiempo los ha habido, uno en el pueblo de Cuernavaca, que tenía tres varas de medir menos una cuarta en alto, que son once palmos ó cuartas de vara. Y á este lo llevaron muchas veces á México, y iba en la procesion de Corpus Christi: y con darle muchos de comer, vino á morir de hambre en su pueblo de Cuernavaca. Otro mozo hubo en Tecalli, y pienso que mas alto, aunque mas delgado de cuerpo, porque el primero era bien fornido y proporcionado. Y á este de Tecalli tambien lo llevaron á México por cosa rara y monstruosa: y vuelto á su tierra murió en breve tiempo. Tambien dicen que en los tiempos pasados vinieron por estas partes hombres barbados, de que los naturales indios se maravillaban: porque ellos acostumbraban pelarse las barbas para no tener pelo alguno, y así se maravillaron cuando últimamente vieron á los españoles venir con Cortés barbados: segun que de tiempos atras se lo tenían pronosticado como cosa nueva y entre ellos inusitada, como se dirá en el segundo capítulo del tercero libro de esta historia. Cerca del ánimo habia entre los indios diversas opiniones. Los otomíes, que tienen lenguaje por sí, como menos políticos pensaban que con la vida del cuerpo acababa tambien el ánimo. Mas en general los mexicanos y los demas que participan su lengua (que llaman nahuas) tenían que dejado el cuerpo iban las ánimas á otra parte: y señalaban distintos lugares, segun las diferencias de los muertos y de la manera en que morían. Decían que los que morían heridos de rayo iban á un lugar que llamaban Tlalocan donde estaban los dioses

Gigantes hubo en la Nueva España.

Ánima, qué sentían de ella los indios.

que daban el agua, á los cuales llamaban Tlaloques. Y los que morían en guerra iban á la casa del sol. Mas los que morían de enfermedad, decían que andaban acá en la tierra cierto tiempo: y así los parientes los proveían de ropa y lo demas necesario en sus sepulcros: y al cabo de aquel tiempo decían que bajaban al infierno, el cual repartían en nueve estancias. Decían que pasaban un rio muy ancho, y los pasaba un perro bermejo, y allí quedaban para siempre: que alude á la laguna Estigia, y al can Cerbero de nuestros antiguos gentiles. Los de Tlaxcala tenían que las almas de los señores y principales se volvían nieblas, y nubes, y pájaros de pluma rica, y de diversas maneras, y en piedras preciosas de rico valor. Y que las ánimas de la gente comun se volvían en comadrejas, y escarabajos hediondos, y animalejos que echan de sí una orina muy hedionda, y en otros animales rateros. Otras muchas opiniones y disparates habia entre ellos, como en gente sin lumbré de fe.

CAPÍTULO XIV.

De las fiestas que hacían á sus dioses, y de su calendario.

PARA tractar de las fiestas que estos indios de la Nueva España (en especial los de México, Texcuco y Tlaxcala) hacían á sus dioses, es de saber cuanto á lo primero, que tenían su calendario por donde se regían, y tenían señalados sus dias del año para cada uno de los diablos á quien hacían fiesta y celebraban, así como nosotros tenemos dedicado su dia en tal ó tal mes á cada uno de los santos. Que en esto parece haber tomado el maldito demonio oficio de mona, procurando que su babilónica y infernal iglesia ó congregacion de idólatras y engañados hombres, en los ritos de su idolatría y adoracion diabólica remedase (en cuanto ser pudiese) el órden que para reconocer á su Dios y reverenciar á sus santos tiene en costumbre la Iglesia católica. Y dando relacion los indios viejos del principio y fundamento que tuvo este su calendario, contaban una tonta ficcion, como son las demas que creían cerca de sus dioses. Dicen que como sus dioses vieron haber ya hombre criado en el mundo, y no tener libro por donde se rigiese, estando en tierra de Cuernavaca en cierta cueva dos personajes, marido y mujer, del número de los dioses, llamados por nombre él Oxomoco y ella Cipactonal, consultaron ambos á dos sobre esto. Y pareció á la vieja seria bien tomar consejo con su nieto Quetzalcoatl, que era el ídolo

Calendario de los indios para sus fiestas.

de Cholula (como arriba se dijo), dándole parte de su propósito. Parecióle bien su deseo, y la causa justa y razonable: de manera que altercaron los tres sobre quién pondría la primera letra ó signo del tal calendario. Y en fin, teniendo respeto á la vieja, acordaron de le dar la mano en lo dicho. La cual andando buscando qué pondría al principio del dicho calendario, topó en cierta cosa llamada Cipactli, que la pintan á manera de sierpe, y dicen andar en el agua, y que le hizo relacion de su intento, rogándole tuviese por bien ser puesta y asentada por primera letra ó signo del tal calendario; y consintiendo en ello, pintáronla y pusieron *ce Cipactli*, que quiere decir «una sierpe.» El marido de la vieja puso dos cañas, y el nieto tres casas &c., y de esta manera fueron poniendo hasta trece signos en cada plana, en reverencia de los autores dichos y de otros dioses que en medio de cada plana tenían los indios, pintados y muy asentados en este libro del calendario, que contenía trece planas, y en cada plana trece signos, los cuales servían también para contar los días, semanas, meses y años: porque ya que los dichos signos no llegaban al número cumplido de los trescientos y sesenta y cinco días que tenían como nosotros, tornaban del principio hasta donde se cumpliesen; y porque sus meses eran diez y ocho, á veinte días cada mes, hacían trescientos y sesenta días. Y á los cinco que quedaban tenían por aciagos ó de agujeros, por ser fuera del número cumplido, y llamábanlos *nemontemi*, que quiere decir: «que caen de balde y sin ser menester.» Y en estos cinco días hacían muchos sacrificios y diversas ofrendas á sus dioses, temiendo algunos malos sucesos. Este calendario sacó cierto religioso en rueda con mucha curiosidad y sutileza, conformándolo con la cuenta de nuestro calendario, y era cosa bien de ver: y yo lo ví y tuve en mi poder en una tabla mas há de cuarenta años en el convento de Tlaxcala. Mas porque era cosa peligrosa que anduviese entre los indios, trayéndoles á la memoria las cosas de su infidelidad y idolatría antigua (porque en cada día tenían su fiesta y ídolo á quien la hacían, con sus ritos y ceremonias), por tanto, con mucha razón fué mandado que el tal calendario se extirpase del todo, y no pareciese, como el día de hoy no parece, ni hay memoria de él. Aunque es verdad que algunos indios viejos y otros curiosos tienen aún al presente en la memoria los dichos meses y sus nombres. Y los han pintado en algunas partes; y en particular en la portería del convento de Cuatimchan tienen pintada la memoria de cuenta que ellos tenían antigua con estos caracteres ó signos llenos de abusión. Y no fué acer-

tado dejárselo pintar, ni es acertado permitir que se conserve la tal pintura, ni que se pinten en parte alguna los dichos caracteres, sino que totalmente los olviden y se rijan los indios solamente por el calendario y cuenta de días y meses y años que tiene y usa la Iglesia católica romana.

CAPÍTULO XV.

De los ritos que usaban en la celebracion de las fiestas de sus dioses.

HABLANDO, pues, de las fiestas que hacían á sus dioses, es de saber que sus fiestas las solemnizaban y regocijaban mucho con adornar y tener muy limpios sus templos, muy barridos y muy compuestos de rosas y cosas verdes y alegres, y con cantares muy solemnes á su modo, y bailes al mismo són con mucho tiento y peso, sin discrepar en el tono ni en el paso, porque esta era su principal oracion (como arriba queda dicho). No parecía sino que andaban arrobados. Los mas de ellos iban tiznados de negro, otros ataviados en diversas formas. Traían diversas maneras de lindas plumas muy compuestas, y muy buenas mantas labradas; y otras veces se disfrazaban contrahaciendo á las gentes de otras provincias. Los bailes solemnes hacían por la mayor parte en el templo delante de sus dioses, ó en el palacio del señor, ó en el mercado. Pocas fiestas hacían sin borracheras á la noche, y otras cosas que de ellas suelen suceder. En algunas fiestas llamaban y juntaban las mozas para bailar en corro, y al fin se volvía el baile en carne, muchas veces ó por la mayor parte. Sacrificábanse y sajábanse las carnes (según la devocion de cada uno) de la parte del cuerpo que mas le cuadraba: y algunos por valentía, con un punzon de hueso se traspasaban y horadaban la lengua, y por ella pasaban ochenta pajas gruesas y largas como de trigo ó cebada: y otros se atravesaban el miembro genital por el lado, y pasaban por él veinte ó cuarenta brazas de cordel. Las aves que á sus dioses ofrecían, pocos las comían, antes las echaban á mal. Finalmente, sus ídolos todos estaban teñidos de sangre, y las carnes de los indios sajudas en su servicio, solamente por lo temporal que deseaban, sin esperanza de perdon de culpa, y con certidumbre de perpetua pena. Las personas que en estas fiestas de sus dioses se sacrificaban matándolas y sacándoles el corazón, eran principalmente de los esclavos de venta, que entre ellos había muchos (como abajo se dirá), y según que en las tales fiestas caían sus

Ritos que usaban los indios en las fiestas de sus dioses.

dioses, así ofrecían, sacrificaban y mataban á los tales esclavos vendidos, vistiéndolos de las insignias de que componían y adornaban á los mismos dioses: teniendo (según parecía) memoria de lo que arriba se tocó, sobre la muerte de sus dioses. Si era fiesta de uno, dos ó tres &c., tantos esclavos de los dichos sacrificaban y mataban, haciendo con ellos gran baile, y trayéndolos á manera de procesion, poniéndolos en un altar que tenían en medio del patio, de un estado en alto encalado, y en derredor bailando: y después los subían á lo alto de su templo, donde con mucha diligencia el «Papa» (que ellos llamaban *Papaua*), y sacerdotes vestidos de sus insignias, los tendían, quebrándoles las espaldas sobre una losa que para ello tenían enhiesta: y de presto el dicho Papa con un pedernal hecho á manera de navajon, le daba por el pecho tan diestramente, que saltándole fuera el corazón, aun antes que espirase se le mostraba, y le ofrecían luego al sol y al ídolo á cuya reverencia lo sacrificaban. Y derramaba su sangre por cuatro partes, y daban con el cuerpo las gradas abajo, donde de presto era hecho cuartos y puesto á cocer: y lo mismo era de los demás sacrificados. Y dicen que las manos y pies de los tales, por gran cosa eran la parte ó porción del señor del pueblo, con que le parecía quedar más bienaventurado que los demás.

CAPÍTULO XVI.

En que se prosigue la materia de los sacrificios de hombres que hacían á los ídolos.

Sacrificios de hombres que se hacían á los ídolos.

Más débese notar que lo sobredicho en el precedente capítulo, que tantos esclavos mataban y sacrificaban en una fiesta, cuantos de sus dioses venían á caer en ella, se entiende de los esclavos de venta: y esto era sacrificando hombres ante los dioses, y mujeres delante las diosas, y á veces niños. Mas de los esclavos tomados en guerra, todos los que á la sazón tenían, sacrificaban y mataban, aunque fuesen mil, puesto que en diversas fiestas diversas ceremonias hacían con ellos. Y para no sentir tanto la muerte, les daban cierto brebaje á beber, que parece los desatinaba, y mostraban ir á morir con alegría. Mayormente hacían este universal sacrificio y mortandad de todos los esclavos de guerra, en una muy grande y solemne fiesta, que tenían por la más principal de todas, y la llamaban *Panquezaliztli*. Y antes que comenzasen tan cruel sacrificio, hacían procesion al ídolo *Uzilopuchtli* en México, en esta manera: vestido el Papa

de sus insignias, y los cardenales (digamos) con él, luego por la mañana tomaba el mismo Papa el dicho ídolo, y á más andar ó á correr, y los demás sacerdotes tras él, iban á Tenayuca, que dista de México dos leguas, y de allí volvían á Tacuba, que del dicho lugar dista otras dos: y de allí á Cuyoacán otras dos, y de allí daban vuelta para México que hay otras dos leguas: de suerte que era medio día ó más cuando allí llegaban. Y si el ídolo no se le caía, era buena señal: y si se le caía, teníanla por mala. De manera que puesto el ídolo en su lugar, comenzaban la matanza con mucha diligencia, y hasta la noche despachaban los que tenían de guerra. En la dicha fiesta, y en otra alguna particular, acostumbraban desollar los tales sacrificados cerrado el cuero como quien desuella cabrones para odres, colgando las manos y pies del mismo cuero desollados, y algunos sacerdotes del templo los vestían sobre sus carnes, y por devoción ó valentía los traían así veinte días, y andaban saltando y gritando por las calles con ellos: y algunas mujeres con sus niños, por devoción, se les llegaban y dábanles un pellizco en el ombligo del cuero del muerto. Y con las uñas (que siempre las traían largas) cortaban algo de allí, y teníanlo como reliquia, y guardábanlo, ó lo comían ó daban al niño. Y cuando se venían á desnudar aquellos cueros, con gran trabajo y pena los desechaban de sí, porque á los veinte días ya los tenían secos y pegados á sus carnes. En la fiesta principal del dicho ídolo *Uzilopuchtli*, en un pueblo dos leguas de México que se dice *Iztapalapa*, sacaban lumbre nueva (apagando todas las lumbres de las casas y templos) y de presto la llevaban á santificar ante el dicho ídolo á México: para lo cual mataban y sacrificaban á un hombre, con cuya sangre rociaban el fuego nuevo, y de allí encendían fuego para poner ante sus dioses: y tomaba la gente lumbre, así para sus templos como para sus casas, aunque estuviesen una jornada y dos de México: lo cual parece que hacían en el año que tenían como jubileo, de cincuenta y dos en cincuenta y dos ó cincuenta y tres años, que le decían *Xihzizquilo*, y era una hebdomada de años. En tiempo del eclipse, hacían grandes sacrificios de temor (en especial si era del sol), pensando ser destruidos, como no alcanzaban el natural secreto. Y buscaban todos los hombres y mujeres blancos ó lampiños que podían haber, y á aquellos mataban y sacrificaban para aplacar al sol: en que parecía traer á la memoria la muerte de sus dioses por el sol, como arriba se dijo en el segundo capítulo. Daban grandes alaridos y grita en el tal eclipse del sol, y también lo hacían en el de la luna, ó cuando alguna

Xihzizquilo quiere decir, el año es preso ó asido, como si dijese: Año nuevo tenemos ya en las manos.

otra señal ó cometa veían en el cielo, aunque no tanto como en el eclipse del sol. En las heredades hacían muchos sacrificios y ofrendas particulares porque se hiciesen bien los panes: y más en la fiesta de Centeutl, que decían ser el dios del maíz ó del pan, en cuya reverencia sajabán muchos papeles, y con sangre y gotas de *ulli* los ponían en sus labranzas y sembrados. Y en algunas partes vi yo después de cristianos, que ponían en sus sementeras muchas piedras teñidas con cal blanca ó yeso, y siempre lo tuve por superstición antigua suya: aunque preguntándole á indios, ninguno lo confesaba. Dicen que en México, en cierta fiesta, ofrecían á los dioses llamados Tlaloques (que eran los dioses de las aguas ó lluvias), ciertos niños, los cuales ponían en una canoa ó barco, y los llevaban á cierta parte de aquella laguna donde se hacía un remolino ó sumidero de agua, y lanzando la canoa con los niños, la tragaba y sumía. Mas ahora no parece el tal sumidero. Á estos dioses Tlaloques pintaban de azul, y en tiempo de seca les hacían muchos sacrificios; y finalmente, cada cosa y oficio, según que se les antojaba, aplicaban á su dios, y le solemnizaban cada uno según que podía, y también la fiesta de su nacimiento.

Ulli es cierta goma negra de árbol medicinal.

CAPÍTULO XVII.

De los ayunos que hacían los indios para tener propicios á sus dioses.

AUNQUE en algunos capítulos se ha tractado arriba de los sacrificios y servicios que estos indios hacían á sus dioses, no se ha hecho mención de los ayunos, que eran rigurosísimos los que el demonio les enseñó, no por devoción que tiene á esta virtud, antes le es cruel enemiga (como lo testifica la misma Verdad, Cristo, por S. Mateo), sino para por todas vías afligir á aquellos sus feligreses, sin que alcanzasen por su penitencia algún merecimiento. En toda la tierra era general el ayunar; mas no eran en toda ella generales los tiempos del ayuno, sino que cada provincia ayunaba á sus dioses según su devoción y costumbre que tenían recibida. Los mayores ayunadores eran los ministros del templo para dar ejemplo, y en esto conformaban con la costumbre de nuestra Iglesia católica y con la razón, pues es más justo que los que están dedicados al culto divino se ejerciten más en estos actos penitenciales, que los que no se dedicaron al servicio de la Iglesia. Á todo el pueblo, y á las veces

Ayunos de los indios, rigurosísimos.

Matth. 17.

hasta los muchachos mandaban ayunar; y dos, y cuatro, y cinco días, y hasta diez ayunaba el pueblo; aunque (según algunos) este ayuno del pueblo no era más de hasta el medio día. Estos ayunos comúnmente eran como vigiliias de las fiestas, y según la fiesta era más solemne, así el ayuno de su vigilia era de más días. Los ministros del templo en todas partes tenían también sus cuaresmas de veinte y de cuarenta días, y una tenían de ochenta que se puede también llamar vigilia, porque era respecto de la mayor fiesta del año que llamaban *Panquezaliztli*, y comenzaban este ayuno ochenta días antes de la fiesta. Los de Tlaxcala, demás de esta y otras ordinarias de cada año, hacían de cuatro en cuatro años una solemnisima fiesta á su principal ídolo llamado Camaxtli, llena de abominables ceremonias y homicidios, y para esto tomaban la vigilia ó cuaresma de ayuno los ministros del templo ciento y sesenta días antes de aquella gran pascua, llamada Teuxihuitl, en cuyo principio conviene á saber, la misma noche que comenzaban el ayuno, hacían en sus propias personas aquellos diabólicos ministros un inaudito y horrendo sacrificio, y era que habiendo allegado los menores servidores del templo gran cantidad de palos, tan largos como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y teniéndolos labrados por mano de muchos carpinteros que habían ayunado y rezado cinco días para haberlos de labrar dignamente, y teniendo aparejadas muchas navajas con que se habían de agujerar las lenguas, sacadas por mano de los maestros que tienen este oficio, que asimismo para sacarlas de aquella piedra negra habían ayunado y orado, habiendo primero hecho sus cantos y música de atabales y bailes, venía un maestro bien diestro en el oficio, y horadaba las lenguas de todos los principales ministros del demonio con aquellas navajas que tenía santificadas y puestas sobre un paño limpio, y dejábales hecho á cada uno un buen agujero, y luego el más principal Achcautli (que así los llamaban á estos) sacaba por su lengua aquel día cuatrocientos palos de aquellos; los otros también viejos y curtidos y de fuerte ánimo, imitaban á su capitán y sacaban otros cada cuatrocientos. Otros, no tan antiguos, sacaban trescientos de aquellos palos, que después de labrados eran tan gruesos, unos como el dedo pulgar de la mano, otros como el dedo pulgar del pié, y otros como juntos los dos dedos, el pulgar y el índice que está junto á él. Otros ministros más mozos no sacaban más de doscientos palos: finalmente, cada uno según su esfuerzo y valentía. Acabado este ejercicio, comenzaba el canto aquel primero viejo que los guiaba, que apenas

Teuxihuitl, quiere decir año de los dioses ó de Dios.

Sacrificio horrendo que hacían de sí mismos.

Achcautli, quiere decir el abad mayor ó mandon.